

La mujer en la poesía de la Guerra Civil española

A Mariam
y
Angel Viñas

Eutimio Martín



La lectura comparativa de la producción poética de ambos bandos contendientes puede ofrecer hoy un sólido asidero a la voluntad crítica del lector medio, desesperadamente inerte ante el magma de sofismas y bizantinismos que acarrea la inagotable erupción bibliográfica sobre la guerra civil española.

La especificidad caracterizadora de cada contrincante comienza ya a la hora de hacer la nómina de los intelectuales combatientes. Lo que más llama la atención no es tanto la diferencia cuantitativa y cualitativa entre las dos listas cuanto el hecho de que no aparezca ni un solo representante del sexo femenino en el censo nacionalista. Las publicaciones republicanas, por el contrario, no sólo se honran con colaboraciones femeninas, más o menos esporádicas, sino que no tienen inconveniente alguno en admitir al «sexo débil» en las tareas de dirección: María Teresa León encabeza el consejo de redacción de El Mono Azul y María Zambrano dirige Hora de España en su última época. La capitana Encarnación Luna, desfilando al frente de su «batallón especial» de Ametralladoras no causa mayor asombro que la presencia de Rosario del Olmo dirigiendo los servicios de la censura republicana de prensa extranjera.

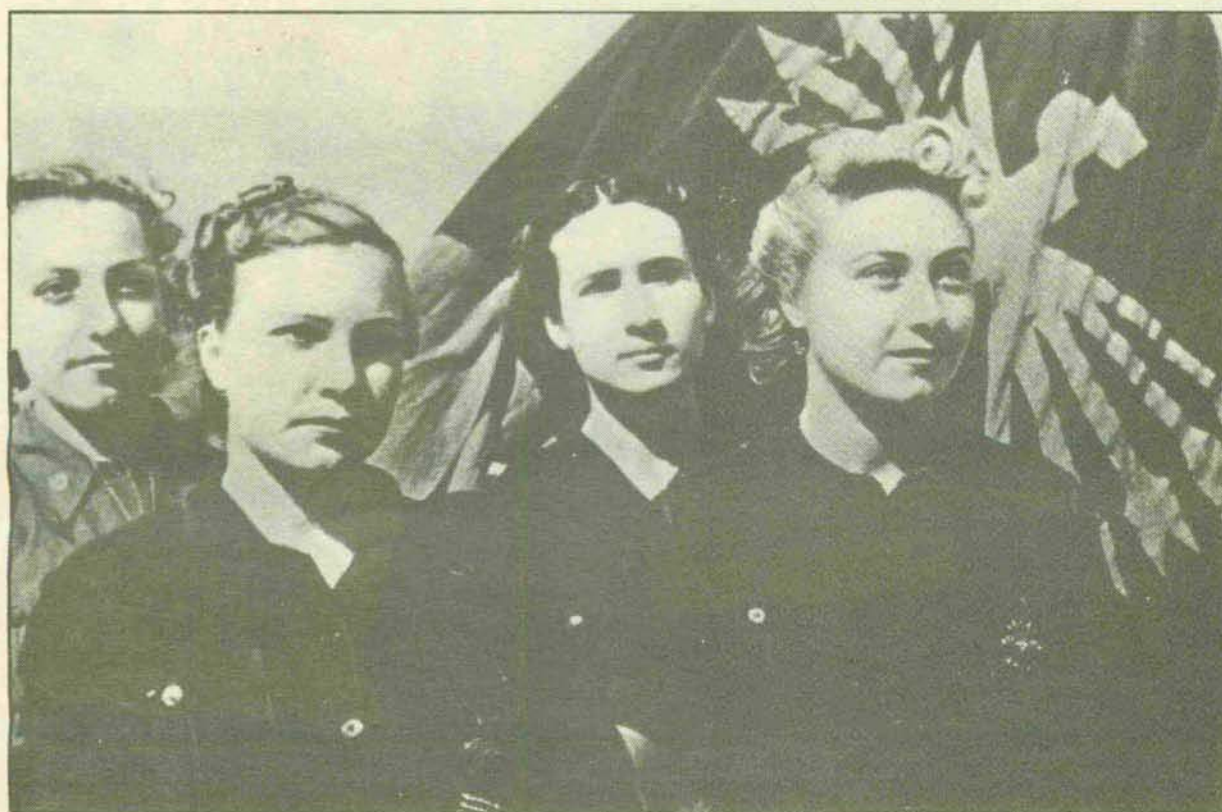
LA opinión que a la España nacionalista le merecía la mujer republicana activista, hela aquí:

«La revolución ha alumbrado una especie, afortunadamente desconocida hasta ahora, en el suelo español: la mujer roja.

El alumbramiento ha sido monstruoso. Toda la gracia y femineidad de la mujer hispana, convertidas en furia y repulsión oriental (...) Fue necesario el advenimiento de la República para que la mujer se lanzara a la calle, llevando bandera de combate, alzando la mano breve en la arruga de cerrar el puño y adoptando gestos marciales que no querían decir disciplina, sino amenaza. Unamuno captó de un modo perfecto el fenómeno y halló la palabra exacta para aquellas mujeres que irrumpían en la vida pública a gritos y con amenazas destempladas. Eran las "tierras".

Las mismas que cuando las quemaban de los conventos llevaban gasolina para atizar la hoguera en que había de consumirse aquella imagen de San Antonio a quien confiaron sus preces de enamoradas, o a la morena Virgen a quien vieron, estremeciéndose, traspasada por los siete puñales de su dolor (...).

Y actuaban, ya por entonces, Victoria Kent y Clara Campoamor, los dos viragos resentidos, en cuyo corazón había la tristeza inmensa de no haber despertado una pasión. Estaba también la Ibárruri, que subía a las tribunas vociferante para emborracharse de aplausos.



El poeta nacionalista no concibe el amor sino en sentido único: de la amada hacia el amado. El amor activo, por reblandecedor, lo deja para la mujer... La mutilación amorosa es para el poeta republicano el más insoportable padecimiento de la guerra. (Mujeres de la zona nacional y mujer de la zona republicana.)



Ni azules ni rojos se equivocaron personalizando la causa republicana en un combatiente femenino: Dolores Ibárruri, «Pasionaria»; los unos, para vituperarla hasta el paroxismo y los otros, viendo en ella el símbolo viviente de la lucha del pueblo español por la conquista de su dignidad. (Mujeres nacionalistas y «Pasionaria».)



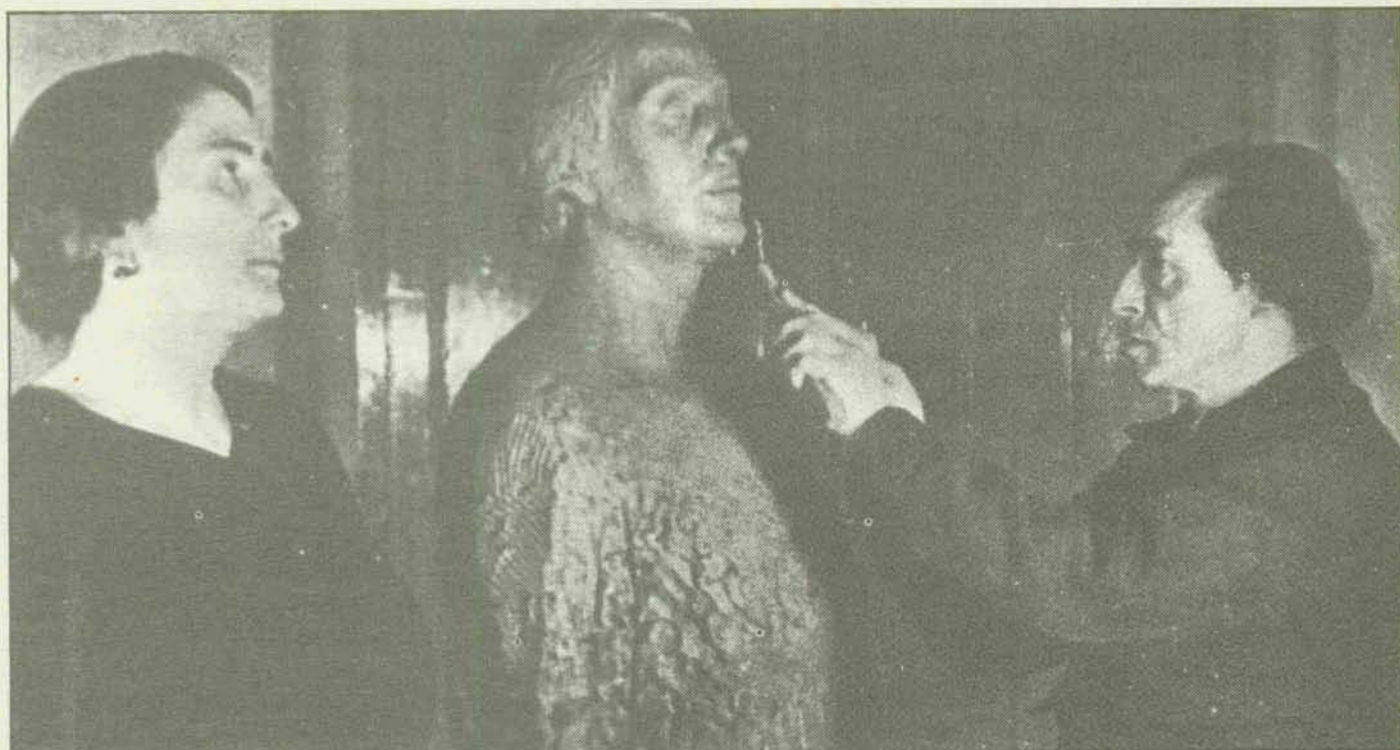
Cada una en sector distinto de opinión femenina, fue creando una envidia. Estudiantes y burguesitas que creían posible, como las dos primeras, escalar puestos de mando y ganar fácilmente los pleitos. Criadas de mesón, como la «Pasionaria», en quien surgió también la idea de que en la República de los 'chibiris' podían dirigir los negocios las muchachas de servir. Así fueron haciéndose las mujeres rojas en España, que nadie podía suponer alentarán entre nosotros.

(...) Existen casos monstruosos de crueldad. Tenemos los horrores de los destrozos en pueblos, villas y ciudades. Pero de todos los horrores y de

Porque una de las características de la mujer española fue siempre su concepto de la familia, su amor a los hijos y el culto al hogar.

La mujer roja, por el contrario, perdió la noción de aquel ambiente familiar donde el cariño, el respeto, la ternura y el contento se unían íntimamente. Sentía, tradicionalmente, un horror justificado al divorcio, tenía el sentido monógamo en que se funda la virtud de la castidad. Y educaba a los hijos en el respeto a la jerarquía, en el culto al deber y en el ambiente moral más íntimo y delicado.

Y fue en este ambiente tradicional de la sociedad



Miguel Hernández la identifica con todas las fuerzas vitales de la geografía española, física y humana: «Vasca de generosos yacimientos: encina, piedra, vida, hierba noble, naciste para dar dirección a los vientos...» (En la foto, «Pasionaria», posando para V. Macho.)

todos los borrones que han caído sobre nuestra patria, ninguno alcanza la magnitud horripilante de esta vergüenza de las mujeres convertidas en autoras del crimen. Aquellas manifestaciones bullangueras del 14 de abril, en que las muchachas correataron inconscientemente las calles, son las visperas sangrientas de estas otras reuniones de "tierras" que excitaban a matar, que gozaban viendo la agonía de un semejante y que borraban los atributos femeninos. Ahí están esas mujeres rojas, precursoras de estas "tierras".

Las que fueron directoras generales, y diputados y presidentas del Comité. Las que incitaron a las demás mujeres a estos actos de ahora que nos avergüenzan a todos. El contraste entre la mujer roja y nuestras honestas y cristianas mujeres de la zona azul resalta aún más la monstruosidad de aquéllas.

española donde surgió la furia de las mujeres rojas; de unas cuantas desventuradas, fruto de perversión moral, de extravío psicológico, que salieron a la calle para propagar doctrinas que disolvían el hogar, que deshacían la familia y que llevaban a la sociedad española a unos senderos desgraciados por los cuales andaban desatados todos los monstruos. ¡Hora maldita en la que esas mujeres, sin responsabilidad, aparecieron en el campo político!

Allí nació la gran tragedia que no hubiera tenido clima si en los cimientos del hogar cristiano no se hubiese introducido el barreno de las propagandas suicidas.

Victoria Kent, Margarita Nelken, Clara Campoamor, María Lejárraga, Dolores Ibárruri, la Alvarez, esa docena de viragos que dijeron ostentar la representación de la mujer española, han

«...ido con sus prédicas, las grandes responsables» (1).

El inmovilismo social que preside la acción contrarrevolucionaria comienza por el mantenimiento de la mujer en la abdicación de sus responsabilidades ciudadanas. Para nuestro autor, politización y feminidad son términos excluyentes. La mujer politizada es un «vira-go». Ejecutora del mal por el mal, en ella encarna el mal absoluto. Así se inicia el enfrentamiento del Mal contra el Bien, de la Bestia y

primeros. Y no sólo españoles. Para Louis Aragon

«Ce n'est pas un hasard qui veut que cette femme soit le chef de la lutte pour le Pain des hommes qui font le Pain et qui en ont assez qu'on les dépouille de cette vie qui sort, dorée et chaude, de leurs mains. Ce n'est pas un hasard qui veut que le plus beau nom du monde appartienne à cette femme (...) Cette passion, ce n'est pas l'éclat soudain d'une révolte, c'est la lumière des yeux d'un peuple qui se lève des champs, des fabriques, des



Miguel Hernández —con su mujer— ha cantado: «Mujer, mujer, le quiero cercado por las balas, ansiado por el plomo. Sobre los ataúdes feroces en acecho, sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho hasta en el polvo, esposa...»

el Ángel, a que va a reducirse en la poetización nacionalista de la guerra civil, el atroz conflicto de clases de 1936-39. El orden establecido empieza a tambalearse cuando la mujer cree «posible escalar puestos de mando».

Ni azules ni rojos se equivocaron personalizando la causa republicana en un combatiente femenino: Dolores Ibárruri, «Pasionaria»; los unos, para vituperarla hasta el paroxismo, y los otros, viendo en ella el símbolo viviente de la lucha del pueblo español por la conquista de su dignidad. Entre estos últimos, los poetas los

mines, avec la longue histoire des siècles dans ses yeux. (...)

Ce n'est pas un hasard qui veut que cette femme qui est une flamme brûlante, que cette femme au nom si beau que je n'en peux pas revenir, soit devenue, d'une mère entre les mères, un chef parmi les hommes, un chef de ces hommes à qui incombe de sauver le rêve lumineux des hommes, tout ce qui est la poésie du Cid et la grandeur des romanceros, l'héritage de Lope de Vega, de Greco, comme de ces chansons qu'emportèrent avec eux jusqu'en Amérique les marins de Colomb, qui montaient de derrière les rochers quand passaient les armées de Bonaparte, et qui se mêlent aujourd'hui aux accents de cet air des

(1) Sin firma, «Las mujeres de la 'Causa'», in *Fotos*, N.º 45, 1 enero 1938.



Así se inicia el enfrentamiento del Mal contra el Bien, de la Bestia contra el Ángel, a que va a reducirse en la poetización nacionalista de la guerra civil, el atroz conflicto de clases de 1936-39. El orden establecido empieza a tambalearse cuando la mujer cree «posible escalar puestos de mando». (Margarita Nelken, en un mitin en zona republicana, junto a ella el historiador del Arte Elie Faure.)



Únicamente el legionario iguala (si no supera) al falangista en machismo. No es fácil imaginar la esposa ideal para el cabo Varela: «¡Que cabo, el Cabo Varela! ¡Un hombre para el alcohol! ¡Para el asalto una fiera!» (Millán Astray con señoritas de la zona nacional.)



Partisans de Sibirie, devenu espagnol, parce que l'affaire de l'Espagne est celle pour laquelle on peut mourir jusqu'aux rivages du Pacifique» (2).

Precisamente desde las orillas del Pacífico, Vicente Huidobro le pide a «Pasionaria» prestada la voz, porque

Es preciso sacudir el cielo
Y despertar los mares y decirles todo lo que
[está pasando
Es preciso informar a las estrellas cuando ba-
[jan más cerca

O cuando una voz sube más alta
Hora es que el destino se haga carne y cálido
[prodigio

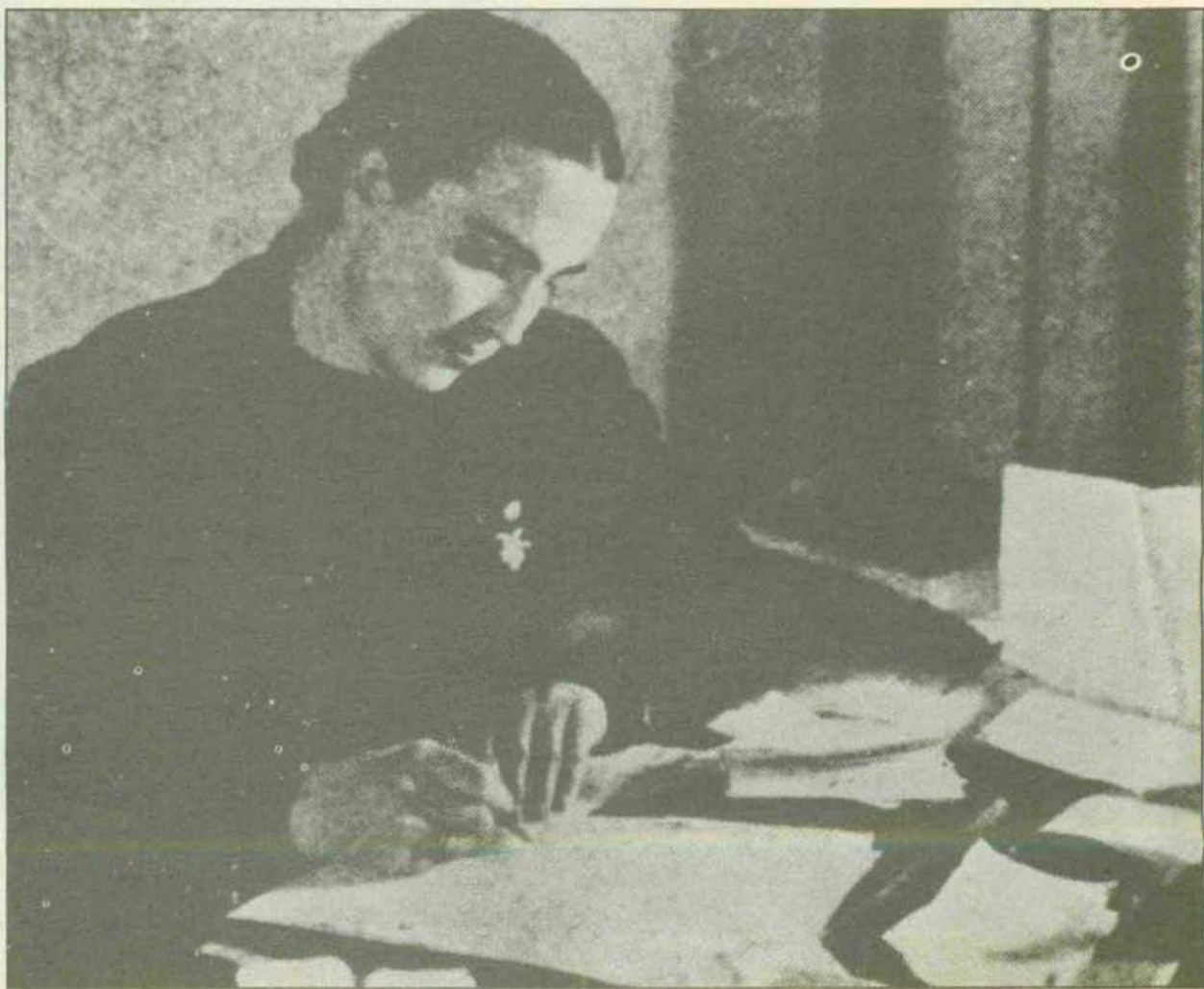
Tierra nuestra tierra España Pasionaria
Voz visible como inscripción de sueño
Voz en forma de luz ansiosa
En forma de agua para la sed y de pan para el
[hambre

Dolor de los siglos pasados
Para crear la alegría de los siglos futuros (3).

(2) *Europe*, nov. 1936.

(3) *Hora de España*, VII, jul. 1937, pp. 47-48. También colaboró Vicente Huidobro en *El Mono Azul* con el poema «España» (N.º 17, 17-7-1937). Después de leer estos dos poemas (sin

El inmovilismo social que preside la acción contra-revolucionaria comienza por el mantenimiento de la mujer en la abdicación de sus responsabilidades ciudadanas.
(Rosario «La Dinamitera» y, en la zona nacional, Mercedes Sanz Bachiller.)





Feminismo y antifeminismo bien pudieran constituir las primeras y más encarnizadas posiciones de combate de la guerra civil española.
(Madres con niños en la zona republicana y mujeres de la zona nacional.)





Pilar Primo de Rivera organizó un gineceo a escala nacional donde el Alférez Provisional pudiera elegir esposa. (La miliciana Francisca Lozano y Alféreces Provisionales.)

olvidar «Gloria y Sangre», también sobre el mismo tema, y «Elegía a la muerte de Lenin», que figuran en la edición chilena de las Obras Completas) es difícil seguir sosteniendo que el Creacionismo «de puro desligado de la realidad humana que estaba, hubo de desembocar en un vacío» (J. Lechner, *El compromiso en la poesía española del siglo XX*, Universitaire Pers Leiden, 1968, p. 4).

No obstante la cita de estas dos composiciones y la mención de dos miembros del Creacionismo español, Pedro Garfias y José Rivas Panedas, como colaboradores «con poemas de tipo comprometido» en publicaciones republicanas, el profesor Lechner hace suyas declaraciones de Gerardo Diego del tipo: «A la larga, el Creacionismo puro había de resultar irrespirable para pulmones humanos y pecadores». (A menos que el calificativo «puro» implique un Creacionismo «impuro» al que habría que adscribir esta faceta precisamente.)

Gerardo Diego y Guillermo de Torre, por un lado, y la desahogada antología de la obra del gran poeta chileno editada por Aguilar en 1967, prácticamente el único doble acceso al padre del Creacionismo con que cuenta el lector español medio, han originado una imagen de Vicente Huidobro absurdamente empuñecedora. Ni su vida (llegó a afiliarse al Partido Comunista), ni su muerte (de resultas de las heridas recibidas en el asalto final a Berlín, como capitán de los ejércitos aliados), ni su obra, ni su estética hacen defendible, a partir de la guerra civil española, sobre todo, la tesis de un Huidobro deshumanizado. En lo que hizo hincapié durante toda su vida este excepcional poeta fue en el ineludible compromiso del artista con el arte, condición «sine qua non» para que pueda hablarse luego de un auténtico «compromiso social». Esto último lo daba

Dentro de la Península, Miguel Hernández la identifica con todas las fuerzas vitales de la geografía española, física y humana:

Vasca de generosos yacimientos:
encina, piedra, vida, hierba noble,
naciste para dar dirección a los vientos,
naciste para ser esposa de algún roble.

.....
Los herreros te cantan al son de la herrería,
Pasionaria el pastor escribe en la cayada
y el pescador a besos te dibuja en las velas.

Oscuro el mediodía,
la mujer redimida y agrandada,

Vicente Huidobro por sobreentendido. En 1939, declaraba a *La Nación*, de Santiago de Chile: «Si la verdadera poesía contiene siempre en su esencia un sentido de rebelión es porque ella es protesta contra los límites impuestos por el hombre mismo y por la naturaleza».



nafragadas y heridas las gacelas
se reconocen al fulgor que envía
tu voz incandescente, manantial de candelas.

.....
Por tu voz habla España, la de las cordilleras,
la de los brazos pobres y explotados,
crecen los héroes llenos de palmeras
y mueren saludándote pilotos y soldados (4).

La única mujer nacionalista con relieve político fue Pilar Primo de Rivera. El Nuevo Orden le confirió la dignidad de Vestal Máxima de su divinizado hermano y le encomendó la tarea de reinstalar a la mujer española en el único sitio que le corresponde: el hogar. La preparación de la mujer para su exclusiva misión de esposa y madre se llevó a cabo, «manu milita-

ri», en los hogares de Sección Femenina. La «Formación del Hogar» tuvo para el sexo femenino el mismo carácter de obligatoriedad que el Servicio Militar para el masculino. Pilar Primo de Rivera organizó un gineceo a escala nacional donde el Alférez Provisional pudiera elegir esposa. No pueden parecer excesivas las precauciones tomadas cuando se piensa en el carácter excepcional de esta flor y nata del ejército franquista:

**Cada hombre siete mujeres
y cada Alférez, cincuenta,
que para eso cada Alférez
es siete hombres y una estrella...
Cincuenta muchachas abren
cincuenta cartas repletas
de amor y limón de abril,
abril abierto en trincheras.**

(4) Viento del Pueblo.





Las publicaciones republicanas no sólo se honran con colaboraciones femeninas, sino que no tienen inconveniente alguno en admitir al «sexo débil» en las tareas de dirección: María Teresa León —en la foto con Rafael Alberti— encabeza el consejo de redacción de «El Mono Azul».

¡Cuando la guerra se acabe
tú has de elegir una de ellas!

Veinticinco tienes rubias
y veinticinco morenas,
morenas por tus heridas
y rubias por tus espuelas.
Las de los ojos de noche
mojan tus cartas abiertas
con rocío plataluna
de albas de seno y de seda
mientras las rubias azules
cortan rosas mañaneras
para alfombrarte los pies,
Alférez, cuando tú vuelvas.

Con claveles de su pelo
las veinticinco morenas
sobre tu pecho desnudo
bordan el yugo y las flechas,
mientras en revuelo de hadas,
con los hilos de sus trenzas
tejen las rubias en oro
las seis puntas de tu estrella.

¡Alférez provisional!
Novio de una Primavera
que se buscó por los ríos
y que vino por el mar...

Por los caminos de abril
vas con tu pistola alerta
cazando lomas y soles
y aromas de frondas nuevas.
Nuevos azules con nubes
de descargas fusileras
cada mañana descubre
tu afán de luz misionera.
Cada tarde, un pueblo más
a España tu brazo entrega,
ya con su cruz en su torre,
ya con su cura en su iglesia,
ya con su espiga florida,
ya con su pan en la artesa,
ya con niñas que ya cantan
la Canción de Primavera.

Tus manos ignoran
blandas caricias de seda



La única mujer nacionalista con relieve político fue Pilar Primo de Rivera. El Nuevo Orden le confirió la dignidad de Vestal Máxima de su divinizado hermano y le encomendó la tarea de reinstalar a la mujer española en el único sitio que le corresponde: el hogar. (Pilar Primo de Rivera, en una ceremonia franquista, con Carlos Pinilla.)

con roces de rigodones
y saludos de platea...
Tus músculos están tensos
de aire y de sol, de agua y tierra,
de acariciar la culata
de la «star» azul y negra,
de herirse en las alambradas
la carne valiente y fresca,
de lanzar bombas de mano
por la tapia traicionera
con trueno que apaga en verde
la fronda de Primavera.

(¡Cómo se hundirán tus manos
luego, en las rubias guedejas!
¡Cómo apretarán tus manos
las manos de tu morena!)

Tus labios ya se olvidaron
de todas las frases hechas
en tres tiempos de saludo
y una sonrisa compuesta...
¡Gritos de coraje saben
entre el fragor de la guerra,
voces de mando, palabras
de anchura de mar y tierra,
cancioneros de batallas
bajo el Sol y las estrellas!
(¿Qué dirán luego tus labios

por entre las rubias trenzas?
¿Dejarán que hablen tus labios
los labios de tu morena?)
Y así, con tinta de sangre
sobre la verde pradera,
vas escribiendo en la Historia
de España transida y vieja
haz de capítulos nuevos
y epígrafes de leyendas
que son victoria en tu frente
palpitante de poeta,
sacrificio en tus heridas,
locura en tus cien proezas,
juventud en tu sonrisa
y heroísmo en la pirueta
del que en la tarde de fuego
cae sobre un manto de hierbas
envuelto en luz misteriosa
que hasta los luceros lleva
su ¡Arriba España! encendida
de rosas de Primavera.
¡Primavera por el Mar
por el Cielo y por la Tierra!

¡Alférez provisional:
Novio de una Primavera
que se buscó por los ríos
que van a dar a la mar.



Al contrarrevolucionario no le hace falta alguna leer a Engels para saber que «la primera opresión de clase es la opresión del sexo femenino por el sexo masculino». (Encarnación Fernández Luna, capitán y comisario de la XI División de Lister, y Pilar Primo de Rivera con aviadores de la División Azul.)

Galán de abril sensitivo;
con tu estrella y con tu «star»
en vano te aguardará
la muerte tras el olivo,
la muerte tras el pomar.
¡Que tú nunca morirás,
Héroe Definitivo,
Alférez provisional! (5).

Pero un día u otro tendrá que decidirse el héroe nacionalista a elegir esposa. La futura elegida sabrá entonces, por boca del novio falangista lo que le espera:

No habrá duro sacrificio
ni calvario al que no llegues
como al fin de tu Via-Crucis
te aguarde aquel a quien quieres.
Y ya, por Gracia de Dios,
serás una y diferente:
paloma para arrullarle,
muro para defenderle,
de sus panes levadura,
y granazón de sus mieses,
lámpara de sus viglias

(5) Luis Camacho Carrasco, «Canción de Abril al Alférez Provisional», in *Antología poética del Alzamiento*, Cádiz, 1939, pp. 85-88.

y cabezal de sus sienas.
Sabrás querer en silencio,
llorar sin que te lo aprecien
y ser comprensiva y justa
y mansa y humilde y fuerte.

Y aunque por todo te agravies
y aunque de todo te enceles,
sabrás perdonarlo todo
y, sin mancillar tu nieve,
florearán en tus manos,
caricias para desdenes,
lealtades para traiciones
y olvidos para esquivaces...

¡De esta manera, que tanto
de humano y divino tiene,
talla la gubia de Dios
en España a las mujeres! (6).

Únicamente el legionario iguala (si no supera) al falangista en machismo. No es fácil imaginar la esposa ideal para el cabo Varela:

¡Qué cabo, el Cabo Varela!
¡Un hombre para el alcohol!

(6) Manuel de Góngora, «Llama de amor humano», in *Dolor y resplandor de España*, Barcelona, Santa Fe, 1940, pp. 97-98.



¡Para el asalto una fiera!

 ¡Cómo trenzó su proeza!
 La proeza legionaria
 —aire, donaire y pimienta—,
 que es el arte de heroísmos
 y el nervio de la epopeya.
 ¡Ah, proeza legionaria,
 cómo te trenzó Varela!
 ¡Que era mucho aquel cabito!
 De qué color y manera
 hacía de sencillez
 una brillante proeza;
 y, de proezas brillantes,
 cosa sencilla y modesta.
 Un día fue detenido
 por una viva trinchera,
 y sin poder contenerse
 se fue derecho hacia ella.
 En su mano, una granada,
 que antes de tirarla a tierra
 se volvió con rumbo y rango
 preguntando a su Bandera:
 «¿Por dónde queréis que entremos
 a esta maldita trinchera?».
 Y antes de que la tirara...

La Parca, la Novia Eterna,
 por los vientos le llegaba
 con un cortejo de meigas.
 Un tensarse de luceros
 con parpadeos de estrellas,
 anunciaron a los cielos
 que había muerto Varela.

Tres versos serán las notas
 de mi guitarra sin cuerdas.
 Los versos dirán llorando:

¡Para el asalto, una fiera!
 ¡Un hombre para el alcohol!
 ¡Qué cabo, el Cabo Varela! (7).

El poeta nacionalista no concibe el amor sino en sentido único: de la amada hacia el amado. El amor activo, por reblandecedor, lo deja para la mujer: La amante ideal del falangista, a la que digna prodigar sus caricias, sin perder un ápice de su virilidad, es, ya lo hemos visto, la pistola. En la tradición poética los «lazos» o las «cadenas» que le unen al amado con la amada son «dulces» o «suaves» pero para el poeta azul, la cadena amorosa es cadena a secas, en la que se siente aherrojado, sin más, y la ruptura no puede ser considerada sino como una liberación, sin paliativos:

(7) Capitán Macía Serrano, «Ciencia y arte del Cabo Varela», in *Romancero legionario*, 1940. Sin paginación, ni mención de editorial.

Se ha roto la cadena, amada mía,
 me separo de tí, me llama el fuego,
 no corro a él, desalentado y ciego,
 sino con ojos llenos de alegría.

La guerra por la Patria es romería,
 el combate, deporte, limpio juego,
 para que reces tú, morir, y luego
 esperar en lo azul tu compañía.

La voz de los clarines es más fuerte
 que tu voz cristalina, y es la muerte
 la más fiel y celosa enamorada... (8).

Frente a la actitud del agresor, la diametralmente opuesta del agredido: ni el púdico An-

(8) Esteban Calle Iturrino, «Pañuelo en el aire», in *Antología...*, p. 110.



La «Formación del Hogar» tuvo para el sexo femenino el mismo carácter de obligatoriedad que el Servicio Militar para el masculino. («Pasionaria» y mujeres nacionalistas bordando una bandera nazi)



tonio Machado logra ocultar el dolor que le produce el forzado alejamiento de la amada: «De mar a mar entre los dos la guerra, / más fuerte que la mar». La mutilación amorosa es para el poeta republicano el más insostenible padecimiento de la guerra y los sufrimientos de la amada superiores a los propios:
He de volver a ver tu clara frente

**al pie de aquella luz de Andalucía
que siento sobre el alma diariamente.
Yo tan sólo por verte volvería,
¿cómo no he de volver si sé que ahora
estás sin libertad, sin alegría?**
.....
**Cuando en medio del fuego desatado
vi mi sangre corriendo por la tierra**



Luis Felipe Vivanco escribe una «Egloga primera», titulada «Isabel», donde la reina de Castilla, «cuando la carne niña de su cuerpo obediente» recibe la «anunciación» del nacimiento del imperio español... «Lograba la ascensión del júbilo dormido» (Militianas en la defensa de Madrid y mujeres de la zona nacionalista.)

no corrió hacia mi sangre mi cuidado.
Olvidando de pronto hasta la guerra
corrió mi pensamiento decidido
hacia esa orilla que mi amor encierra (9).

Miguel Hernández ha cantado por boca de un combatiente totalmente ignorado por el vate franquista: el esposo-soldado, tanto más sensible a la llamada de la vida cuanto más íntimo es su contacto con la muerte:

Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa (10).

Sin cauce humano donde verter su herotismo, el poeta nacionalista tiene que contentarse con entablar un «Coloquio de enamorado con Isabel, la Santa Reina de Castilla» (11), o ha de

(9) Antonio Aparicio, «A una sevillana», in *Hora de España*, XI, nov. 1937, pp. 57-58.

(10) «Canción del esposo soldado», in *El Mono Azul*, N.º 19, 1 jun. 1937.

(11) Antonio J. Gutiérrez Martín, in *Algo más*, Cádiz, Verba, 1939, pp. 25-28.

sublimar sus ansias amorosas en un misticismo tan trasnochado como equívoco:

¡¡Oh Madre del gozo!

.....
cuando Tú abres, trémulamente niña, el capullo feliz de tu obediencia,
arrodillada en la mañana que acaricia tu pureza con su brisa vencida (...)
¡Oh doncella de Israel, que en la humildad alcanzas el trono inaccesible!
Los panales de miel que guardas en tu boca aumentan la dulzura de la mañana.
Tu pecho privilegia los jazmines de su cándida leche
y los cristales purísimos de tu vientre nos ofrecen el sol en más dulce misterio (...)
¡Oh carne de María! Principio verdadero y primavera luminosa,
tu bendición penetra la angustia exclusiva de las almas.
¡Oh margen florecido y asombrado por la exigencia eterna de Dios!
¡Oh sensible inocencia! ¡Oh clara compostura de tu cuerpo piadoso!
Tus miembros elegidos tiemblan como estrellas
y tu manto oloroso cubre las delicadas promesas del amor.

Tú eres la flor ceñida por la esperanza entera
y por el agua temblorosa de nuevas
claridades (12).

La reina Isabel la Católica o la Virgen María pueden llegar a fundirse en un mismo esquema erótico-infantilizador. Luis Felipe Vivanco escribe una «Egloga primera», titulada **Isabel**, donde la reina de Castilla, «cuando la carne niña de su cuerpo obediente» recibe la «anunciación» del nacimiento del imperio español:

**¡Oh perfección del trigo! Primavera de España
ciñes con el temblor de tus ágiles tallos
cuando la carne niña de su cuerpo obediente**

(12) Luis Felipe Vivanco, «Canto a María», in **Tiempo de dolor**. Poesía 1934-37, Madrid, 1940, pp. 112-114.

la Princesa Isabel bañada en tu hermosura.
Y el alma verdecía los temblores del chopo.
Y el espíritu noble, con su brioso anhelo,
lograba la ascensión del júbilo dormido (13).

Feminismo y antifeminismo bien pudieran constituir las primeras y más encarnizadas posiciones de combate de la guerra civil española. ¿No es un axioma del socialismo que la extensión de los derechos de la mujer es el punto de partida de todo progreso social? Al contrarrevolucionario, por su parte, para obrar en consecuencia, no le hace falta alguna leer a Engels, para saber que «la primera opresión de clase es la opresión del sexo femenino por el sexo masculino» ■ E. M.

(13) **Vértice**, N.º 9, abril 1938.

